

humanas. Aun en las ventanas y hasta en las ramas de los árboles, hay infinidad de personas ansiosas de satisfacer su justa curiosidad.

Avanzamos pasito á pasito, y la multitud que parece obstruir nuestro camino, se dispersa á 40 metros delante de nosotros, para venir á juntarse por detrás á la turba que nos sigue.

Todo este pueblo está silencioso, sin dar en nada muestras de la menor inconveniencia: parecen respetuosos y tímidos, pues apenas osan sostener nuestra mirada.

Pero respetuosa y todo, no deja de ser ya molesta, é insoportable tanta curiosidad, y es de creer que

iríamos mejor solos que con veinte mil acompañantes.

Detenémonos al fin en el gran pórtico de la Mision Católica, en cuyo frontis se distingue desde hace algunos días la cruz, esa noble insignia de la civilizacion latina. Hé aquí el estandarte de la humanidad, de las ideas generosas y de la redencion universal, plantado en todo el extremo Oriente, bajo la proteccion de la Francia: los ingleses solo se ocupan del comercio: para ellos la fe, las sublimes verdades de la religion tienen un lugar secundario.

El edificio de la Mision Católica es inmenso: una semana antes lo habia cedido el gobierno á los Lazaristas de *Suan-hoa*, y es natural que los buenos pa-



Musulman hoei-hoei.

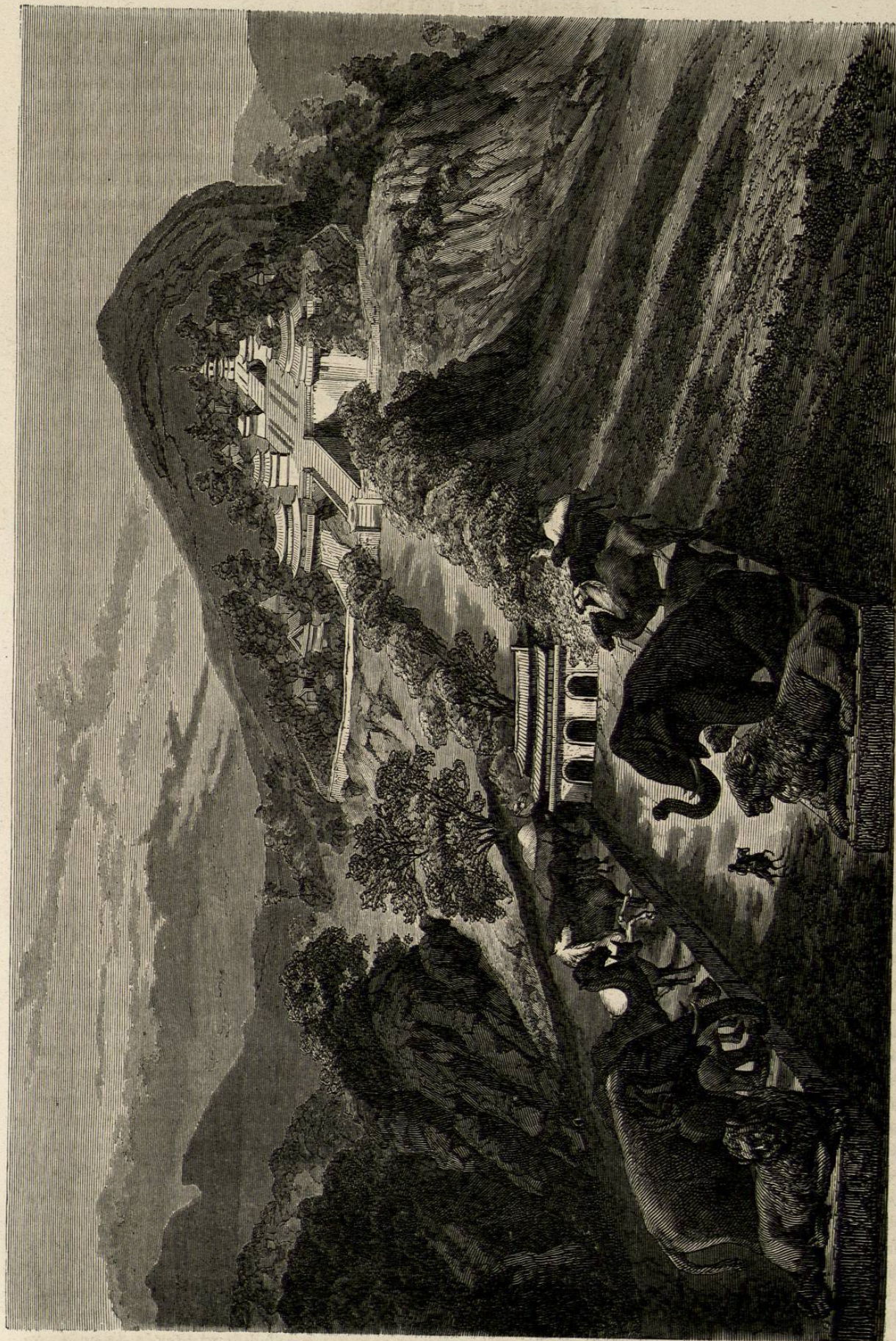
dres hayan querido demostrarnos su reconocimiento. En este antiguo palacio que forma parte del dominio imperial, se podrian muy bien alojar hasta quinientas personas. Hay en él espaciosos patios y grandes parques plantados de bellos árboles: todo esto para el uso de los dos misioneros franceses y de sus neófitos chinos. Muy posible es que esta Mision tome un dia grande importancia.

Gracias á la actividad de los misioneros nuestra instalacion en el palacio fue rápida. Los principales aposentos estaban ya tapizados de bellos papeles europeos y amueblados convenientemente.

Se nos ha destinado todo un cuerpo del edificio con

un vasto jardin para nuestro uso privado, y en la gran sala de recepcion se nos ha servido una comida ó mas bien un suntuoso banquete.

La mesa, adornada de flores y de fruteras de carton dorado estaba rodeada de magníficos biombos chinos. El mayordomo de sir Federico Bruce, que tuvo éste la feliz idea de traerlo consigo, nos ha preparado una gran comida á la europea: servicio elegante de vajilla de plata; vinos de todas clases, Burdeos, Jerez, Champaña; carne asada, caza de todas maneras, legumbres, frutas de Wen-ho, entremeses azucarados. El cocinero chino, se escedió á sí mismo, y ha querido probarnos otra vez mas su talento de imitacion.



Vista del sepulcro monumental de la dinastía de los Mings.

Es una cosa notable la perfeccion con que los chinos se asimilan en poco tiempo todos los secretos del arte culinario. *Estos chinos nacen cocineros*, habria dicho Brillat-Savarin.

Una sola cosa ha conservado en nuestra comida la fisonomía indígena... el pan. Amásalo un mahometano que tiene reputacion como panadero en la ciudad, y es muy blanco, tiene gusto á manteca y leche y está hecho en forma de oreja, como los panecillos alemanes. Es sin duda el mejor pan que he comido en China: el de Pekin es pesado é indigesto, como ácimo.

La conversacion no ha sido animada durante la comida; todos estamos fatigados de tan larga jornada. Sin embargo, he escuchado con curiosidad una discusion entre los misioneros sobre el tema del exorcismo del demonio por medio del agua bendita.

Al parecer, el enemigo del género humano se ocupa muy especialmente de la China por atormentar á los pobres misioneros, porque ninguno de estos parece poner en duda la participacion de aquel en los sortilegios de los idólatras.

Salimos esta mañana de *Suan-hoa-fu*, en donde hemos pasado una excelente noche.

*Suan-hoa-fu* es una ciudad de antiquísimo origen, que bajo la dinastía mongólica, fue por algun tiempo la capital del Norte de la China. En la actualidad está en gran decadencia, y apenas cuenta 80,000 habitantes.

Situada en medio de una fértil llanura, regada por buenas aguas y limitada en lontananza por pintorescas colinas, esta ciudad está regularmente edificada, con calles espaciosas y una policía impropia de las ciudades chinas.

Su comercio, sin embargo, no parece muy floreciente, y á pesar de la multitud que salió al encuentro de los viajeros, las calles ofrecian un aspecto triste, sombrío, silencioso: podríamos comparar bajo este concepto á *Suan-hoa-fu* con las antiguas ciudades de parlamentos en Francia, que han perdido por la centralizacion su importancia política, sin haberla nunca reemplazado con el movimiento industrial y mercantil.

Dos cosas notables hay en *Suan-hoa-fu*: los musulmanes chinos y mongólicos.

Los musulmanes, llamados *hoi-hoi*, son muy numerosos en el Noroeste de la China, y aun están en mayoría en ciertas localidades de las provincias del *Kan-su* y del *Chen-tsi*.

Originarios del *Korrigur*, en el Turkestan oriental, formaron en el siglo IX la guardia mercenaria de los emperadores chinos: ahora nada los distingue de la raza amarilla; su nariz es ya chata, sus ojos se han inclinado, sus pómulos son prominentes. Solo han conservado invariable su fe religiosa: con eso y

todo, ninguno de ellos sabia leer el árabe, á no ser los sacerdotes, que suelen deletrear el Koran. Ordinariamente ciñen un casquete como señal distintiva, y se abstienen de comer carne de puerco y de beber licores fuertes.

Estos musulmanes chinos tienen cierta energía individual superior á la de los sectarios del Buddha.

Las insurrecciones parciales que se han sucedido en estos últimos años en el Norte de la China, como la del Nenufar blanco entre otras, los han tenido por jefes y por ardientes promovedores.

En el Sur, donde solo se encuentran en escaso número y donde la tradicion los hace originarios de la India y de la Persia, bajo la dinastía de los emperadores *T'ang*, acaso sea menester atribuir á su influencia en los consejos de los *Te-ping*, el monoteísmo de que blasona en todas sus proclamas el jefe de los levantamientos.

Gozan de una gran libertad religiosa que no se han dejado nunca coartar y que deben á las prudentes precauciones que sus *mollahs* han tomado de no luchar con el poder del emperador ni de los mandarines.

Hay que notar á este propósito que, si la comunidad cristiana en China, tan poderosa en el siglo de Luis XIV ha sufrido terribles persecuciones, lo ha debido á la lucha de las diferentes órdenes religiosas y al espíritu de estralimitacion que animaba entonces á las misiones católicas.

Los *hoi-hoi* serán unos 500,000 en el Celeste Imperio, segun el último censo. Tienen mezquitas en todas las grandes ciudades: en Canton, y al pie del *Kuang-t'ah*, ó pagoda brillante, hay una mezquita erigida hace mil años; pero el centro del mahometismo en China está sobre todo en *Hang-tcheu*.

En *Suan-hoa-fu* comienzan á verse caravanas de mongoles, que acampan en el interior de la ciudad en cercas reservadas, donde se instala muy luego un mercado de revendedores chinos que les roban todo cuanto pueden. Estos mongoles traen peletería y caza que cambian con gran pérdida por los desechos de las mercancías del pais.

El 22 de mayo, á las ocho y media de la mañana la cabalgata, á que se habia incorporado el venerable pro-vicario de Mongolia, atravesaba los arrabales de la ciudad.

Al Noroeste de *Suan-hoa-fu*, y por fuera del recinto murallado, el camino pasa al través del antiguo parque del palacio imperial: como aun forma parte del dominio del emperador, no se le ha puesto en cultivo por respeto. Allí hay construcciones de toda especie, ruinosas ciertamente, pero pintorescas y bellas siempre entre el ramaje de tantos árboles, arbustos, flores y verde césped; hay lagos, arroyuelos y cascadas con infinita variedad de plantas acuáticas; hay

rocas artificiales, y sobre ellas grandes leones de piedra, tigres y otras figuras; hay balaustradas cuyo apoyo buscan las enredaderas bordando el blanco mármol con sus graciosas guirnaldas. Quinientos años hace que fue plantado este parque, y desde entonces, la naturaleza que ha venido á ser su única poseedora lo ha revestido con todas esas magnificencias que no sabe imitar el hombre.

Estos bosques seculares se componen de árboles del Norte de la China. Vénse allí pinabets de rojizo tronco, cuya corteza semejante á la piel de una serpiente forma escamosos losanjes; cedros gigantescos de la misma familia que los del sepulcro de los *Ming*; sauces llorones y álamos, cuyo amarillo y trasparente follaje contrasta con el verde oscuro de otros árboles.

Por encima de todos estos árboles se alza como una inmensa columna el pino *Pei-go-song* de hoja recortada, de tronco y ramas de un blanco de brillante plata.

Los chinos pretenden que algunos de estos pinos tienen mas de dos mil años: juzgan incorruptible su madera y el árbol mismo por imperecedero.

El parque imperial es vastísimo: mas de una hora fue menester para atravesarlo: en torno de su recinto vénse diseminadas por el campo algunas sepulturas, centros semicirculares, ante los cuales están colocados los féretros cubiertos de tierra en forma de montecillos. Reconócense estos sepulcros de familia por los árboles que hay detrás de cada uno.

Continúa en seguida el camino por un pintoresco valle que une á *Suan-hoa-fu* con *Tchang-kia-ken* ó *Kalgan*.

Vénse á la izquierda escarpadas rocas, á cuyo pie está el lecho del torrente, con agua únicamente en sus depresiones pobladas de tortugas. Poco á poco grandes montones de arena suceden á las rocas y el paso viene á ser no poco difícil: los caballos y las mulas, hundiéndose en el terreno casi no pueden andar; el calor es sofocante y el aire respirable se espesa con el polvo. El camino trazado se pierde en estas arenas y hace lugar á una serie de pequeñas colinas móviles.

«A las once de la mañana llegamos á la estacion ó parada de Julin, sofocados por el calor y la sed: así que la vista de la posada con su patio de verdes y alegres árboles, nos ha hecho á todos prorumpir en exclamaciones de alegría. Con todo, la primera recepcion que se me hizo no fue muy hospitalaria: un enorme perro de Mongolia se precipitó hácia mí ladrando con tal furor, que parecia querer devorarme. Y no era ciertamente á mí, sino á mis perrillos japoneses, refugiados á mi espalda, á quienes el terrible animal hacia tal recibimiento. Por fin, su amo le dió una leccion de buena crianza con un palo.

Después de haber almorzado y dormido la siesta, fui á ver á mi enemigo, ya por precaucion atado. ¡Excelente perro! Esta raza de pelo negro, sedoso, rizado, asemeja algo á la de los nuestros del Pirineo, pero éstos tienen el hocico mas largo y el instinto ferroz como los lobos.

Los viajeros dejaron pasar el calor del dia en la posada de Julin, y continuaron la partida á las tres de la tarde.

Saliendo de Julin se toma la direccion de Noroeste para ir á *Kalgan*, situado á la estremidad y en el fondo del valle que enlaza esta ciudad á *Suan-hoa-fu*.

A la mitad del camino alcanzaron á la vanguardia de la legacion francesa, que habia salido de Pekin con tres dias de anticipacion, conduciendo los carros de provisiones.

*Kalgan* está rodeado de cementerios, ó mejor dicho, sepulcros. Como en China no hay lugares destinados especialmente para estos usos, los vivos entierran á sus muertos donde mejor les parece.

Camínase así por espacio de media hora, y al través de otros vestidos de verde césped, cuyas ondulaciones imitan en la estension del valle las olas de la mar.

Los hortelanos han plantado berzas, lechugas y puerros hasta en las mismas sepulturas. Los chinos, poco delicados de suyo, hallan muy natural que los muertos alimenten á los vivos.

Ya los viajeros descubrian allá por delante de ellos las doradas cúpulas de las *Lamaserias*, situadas junto á la puerta meridional de la ciudad, cuyos edificios dominan, y en el fondo aquella cadena de montañas, que en forma de anfiteatro se alzan, limitando la China septentrional.

Aunque *Kalgan* es una ciudad muy mercantil y populosa, no hizo á los viajeros un recibimiento de tan molesta curiosidad como *Suan-hoa-fu*. La concurrencia de los mercaderes rusos que vienen aquí á traer sus géneros, residiendo algunos meses, ha acostumbrado á los indígenas á las caras y trajes europeos.

La hostelería mas grande de la ciudad, sita en uno de sus mas poblados barrios, habia sido destinada para los vinjeros, quienes encontraron allí á Mr. de Balusck, ministro de Rusia y á su esposa, quien debia volver á la Siberia con los señores de Bourbonlon. Así y con presencia de sir Federico Bruce, ministro de Inglaterra, los representantes de las tres naciones mas grandes y poderosas del mundo se hallaban reunidos en esta ciudad casi desconocida hasta entonces de los europeos.

La hosteria estaba magníficamente adornada de pabellones, banderolas y festones de telas de algodón rojo, amarillo y azul. Bajo el vestibulo, se habia preparado por los sirvientes de las legaciones de Francia

é Inglaterra un espléndido aparador con refrescos, sin que nada se omitiera para dar la ostentación necesaria á la recepción de tan distinguidos huéspedes.

«23 mayo. He aprovechado este día consagrado al reposo para dar un paseo por la ciudad, donde tenía que comprar objetos indispensables.

Kalgan no está tan bien edificada como las ciudades imperiales: es un verdadero centro mercantil donde abundan los bazares y los mostradores al aire libre. Sus calles son estrechas, tortuosas, sucias; la concurrencia además de innumerables gentes causa un embarazo estremo. Mientras que los que van á pie

se enfilan á lo largo de las casas, el centro está interceptado por una confusión de carros, camellos, mulas, caballos, etc., etc.

Con frecuencia se ven volcar los carros, de que resulta un excesivo desorden: los animales patalean en el fango, los géneros ruedan por el suelo, los rateros acuden en tropel con pretexto de dar ayuda y se aprovechan de la ocasión para sus habilidades y lucros.

Me ha chocado sobremanera la variedad de trajes y de tipos que resulta de esta concurrencia, donde hay mercaderes de los diversos países y razas del estremo Oriente.



Amolador del Kalgan.

Véanse aquí, como en todas las ciudades chinas, industrias é industriales de todas clases: en cada puerta atraen á sus parroquianos los mercaderes calculando sobre el *swan-pan*, en todas las esquinas un amolador estremeciéndose con el agudo y áspero ruido de su rueda los nervios de los pasajeros. Aquí los mochileros cargados de té; allá los hosteleros ambulantes con sus hornillas y utensilios y comestibles; acullá los *bonzos*, sacerdotes mendigos, hieren su *tam-tam* ante una mesa ó altar en que hay un Buda, y una hortera en que recogen las limosnas. Delante de las tiendas se instalan los revendedores chinos pregonando en alta voz sus mercaderías y atrayendo gente con sus buenas palabras.

En medio de todo esto, los marchantes tártaros, desnudos de pie y pierna, y destrozados de ropa, empujan adelante, sin cuidarse de los pasajeros, sus rebaños de carneros, sus bueyes y caballos; mientras que los thibetanos se gallardean con sus bellos y sun-

tuosos trajes, con sus gorros azules de ribetes negros y penachos rojos, con sus cabellos largos y flotantes á la espalda entre alhajas de oro y de coral.

Más lejos los camelleros del Turkestan, ceñidos de turbantes con su barba negra y su nariz aguileña, aparecen guiando con extraños gritos sus bestias cargadas de sal. En fin, los lamas mongólicos con sus túnicas de rojo y amarillo y sus cabezas peladas, pasan á galope por las calles estrechas, procurándose aplausos de admiración por su destreza en dirigir sus indómitos caballos, y contrastando con el mercader de la Siberia que de vez en cuando aparece con su polonesa forrada de pieles sobre un redingot de paño negro, sus grandes botas de montar y su ancho sombrero de fieltro.

Ciudad enteramente china, á pesar de la inmediación de los nómadas, Kalgan no carece de ninguno de los caracteres de la celeste civilización.

He visto andar gravemente por aquí más de un



La calle de los prederos en Kalgan.